Universitat de Barcelona
DUODA. Recerca de dones
Centro de Investigación de mujeres
Máster en La Política de las mujeres
Ciudad de México 2023 - 2024
Maestra y tutora: Barbara Verzini

Práctica de la tabula rasa
Mujer, generadora de vida y muerte: haciendo mi propia falda como madre clitórica

Michelle Susana Silveira Angeles

No es palabra que se agite en lo que dice;
dice con su aleteo, y todo lo que tiene ala, alas,
se va, aunque no para siempre,
que puede volver de la misma manera o de otra,
sin dejar de ser la misma.

María Zambrano

Inicié este viaje antes de tomar la mochila. Un viaje que tenía la misteriosa intención de encarnarme en mi ser mujer clitórica, sin saber a bien hacia dónde ir. Salir de la casa del padre para hacer mi propia tabula rasa con la intención de desplazarme y transformarme.

El viaje empezó hace tiempo en la espiral cósmica del Chaos de mi genealogía femenina. Una espiral que es acuosa como el origen mismo de la vida y de la muerte. Un día, sin embargo, me encontré a la monstruosa Barbara Verzini, quien me convidó a meterme a las aguas salvajes como María Zambrano invitaba a sus querencias a lo profundo del bosque.

Guiada me fui adentrando hasta encontrar el claro del bosque, donde hay luz, sombra y silencio. Ahí, en plena aurora, seguí andando en la espiral dando un paso atrás y en diagonal como Verzini, mi compañera de viaje me susurró. Y desde ese bosque, llegué a las aguas oceánicas: a la mar. La gran madre o la gran abuela o la gran hija. O las tres. *La verdad siempre revelada de Tiamat: ella es mamá siempre y por eso viene siempre antes, antes incluso de generarles a todos y todas ellas, ella es la Madre, Mummu, la encarnación líquida primordial, originaria, de la Madre.*[1]

Esta ruta guió hacia mi monstruosidad mientras nos encontrábamos con otras monstruosas, mientras iba mojándome intempestivamente hasta llegar, ya empapada varias veces a mi encuentro con la mar de Tiamat, ahí donde mi abuela me esperó en cada inmersión para danzar entre sus largos cabellos de plata, su viente infinito y la suavidad salvaje de las olas para recordarme la autoridad femenina y por tanto re-nacer mi potencia creadora, esa que había extraviado porque he estado alejándome de mí sumiéndome en la tristeza desoladora.

Me sumergí en las aguas y me inundé varias veces con mis propias aguas, esas que nacen de la entraña y expulsan las pupilas, y se vuelven mar, también. Mi sangre se mezcló con la sal trayendo mi monstruosidad a flote para mostrarme los hilos que nacen de la madre de Tiamat, de las sombras y de la luz porque las aguas oceánicas son profundas y clara oscuras como el bosque.

Las inmersiones que experimenté me impidieron volver atrás revolcándome en la espiral que en sus infinitas curvas transita por lo oscuro. Así, atendiendo a las curvas de la mar, abro los nudos enredados que sólo la gran madre podría mostrarme: soy una mujer que ha vivido la experiencia del aborto. Tuve una relación materna nacida de la potencia generadora de mi cuerpo de mujer.

[1] Barbara Verzini: La madre en la mar: El enigma de Tiamat P 30

Una potencia generadora que nos coloca a las mujeres entre la vida y la muerte, para elegir un camino y este camino que decidí como madre, forma parte de la autoridad materna. Soy hija y soy madre.

El acontecimiento de parir no está únicamente vinculado al parto, sustancialmente es la posibilidad concreta de concebir. Potencia creadora de partos simbólicos.

El sumergirme en las aguas concretas del golfo de México me llevaron a sentir en las salvajes aguas de mi entraña. Allá donde ya la luz del sol no llega a las profundidades de la mar se presentó la sombra de la madre, no de cualquier madre, sino de mi madre concreta. La respiración acuática me reveló el saberme madre yo misma para romper esa cancelación que me he dado de no ser madre.

Las revelaciones y los misterios que se han mostrado en este viaje han sido en encarnado mi ser mujer desde la hondura como la llama la teóloga Antonietta Potente. He sido guiada por mujeres que han potenciado la relación fértil verdadera, revelando el sentido libre que nace de una mujer. Y aquí, estas aguas me recuerdan cuando estuve en el útero de mi madre pero también cuando yo tuve una semilla en mi útero.

Recordatorio previo: El patriarcado ha muerto

Érase una vez un patriarcado. Un patriarcado que ha llegado a su final y no por casualidad anunciaron las mujeres de la librería de Milán[2]. Un patriarcado que ha sido un relato que ha intentado tocarlo todo (María Milagros Rivera Garretas)[3]. Un proyecto especulativo que funciona desde su desorden. Un desorden que busca convencer -a las mujeres- sobre su implacable voracidad y se empeña en afirmar que no ha dejado un rincón libre en nosotras, que ha llenado nuestro cuerpo, emociones, sentires, pensares, Historia. Todo.

Pero, el Final del patriarcado llegó a finales de los noventas dicen las mujeres de la librería de Milán. Yo lo supe en el siglo XXI cuando yo ya tenía cuarenta años y llegó

a mí como una revelación. Mi almacorporal como la llama Antonieta Potente entiende que *no hay placer femenino que no tenga en cuenta el alma y su goce*[4].

Mi genealogía femenina ya lo sabía. Mi abuela Aurora, lo tenía claro sin ser feminista y un día me lo susurró al oído. Ella, mi abuela Aurora insistía en decirme el valor del cual era portadora como mujer hilandera de una genealogía - en la relación con mi madre concreta, la relación primera que me permite cualquier otra, la que da sentido del ser, acceso a la subjetividad sexuada y a la lengua, el tejido simbólico con el que nos constituimos (Luce Irigaray).

---

[2] En 1996 la Librería de Mujeres de Milán publicaron el texto (Ha ocurrido y no por casualidad) El final del patriarcado. Sottosopra donde anuncian la llegada de la Era de la Perla.

[3] La maestra María Milagros Rivera Garretas en la asignatura El placer de las mujeres es ya política del Máster La política de las mujeres . Duoda en la Universidad de Barcelona mencionó repetidamente durante las clases cómo el patriarcado lo ha intentado tocar todo y las mujeres que aún no estamos en la Era de la Perla lo hemos creído, pero es una falsedad porque mientras haya mujeres clitóricas los restos del patriarcado no podrán tocarlo todo.

[4] María Milagros Rivera Garretas, El Placer Femenino es Clitórico, Madrid-Verona 2020, PP 16

Aurora

- luz sonrosada del amanecer-
abuela mar me sumerjo en su
regazo envuelta en rebozo
arrullada por su canto:

"chata, chata, chata"

en noches acuosas su arrullo resuena
en mis días despeinados sus gestos
renacen: epazote en frijoles cabeza
cubierta para apaciguar el frío

bailo con caderas desparpajadas como ella

mientras el aroma a café con canela salvaje
me envuelve

antes de su transmutación -sabia y clara-
me dijo monstuosamente:

"no estás obligada a tener hijos”
tu camino es tuyo

-elige desde tu potencia de vida-muerte-
la abracé inundada en aguas Aurora
sabía del fin del patriarcado

-me lo anunció antes-
Aurora vive florece
me guía

abuela eterna, salvaje luz de mis aguas

mi abuela me lo contó en el ensueño
con voz de agua y tierra:

no es la cicatriz que ves en la desolación ni la
culpa por golpes que otros infligieron, no es
vergüenza ante ojos que escudriñan, ni el
deseo salvaje que germina en tu entraña es
tu sexo, mijita mujer nacida de mujer - acuosa
y eterna-

ser mujer no es vejación no olvides, mijita tu
genealogía femenina: labramos caminos
cósmicos del acecho de tu monstruosidad
sembramos estrellas clitóricas que germinarán
en tu cuerpo como flores de luna

aquí estamos nosotras tus ancestras
guiadas por las aguas de la gran madre
para recordarte tu origen sagrado:

hija, madre, abuela - en espiral
salvaje- somos armonía simbólica de
la madre eco de una lengua materna

-de ausencia presencia-

-de luz-sombra-

-vida-muerte-

siempre juntas nunca
en dualidad quizá no
recuerdes pero está en
tus aguas primordiales

Mijita

todo lo que creamos nace de nosotras y
esa creación sueña con libertad húmeda

afirmación de vida y muerte entrelazadas
tejidas hiladas

no es patriarcal este amor que te ofrecemos
-hemos derribado ese desorden- somos tu
fuente en lengua materna que te nació
madre

nosotras te hicimos madre
toma esa autoridad y haz
mundo
-siempre inundada de la luz y sombra
en armonía- es una fuerza creadora,
mijita como el claro del bosque como
la hondura insondable de la mar así de
vasta y salvaje es tu herencia

No madre, sólo hija: hacer tabula rasa. Madre e hija

Cuando pienso en orientación suelo recordar cuando era pequeña. Mi orientación era mi madre. Solía estar agarrada a su falda -literalmente- mientras ella colgaba la ropa recién lavada en los tendederos. No usaba pinzas, metía la punta de las telas entre los lazos. Mientras ella hacía la danza del tendido -agacharse hacia la cubeta con ropa recién salida de la lavadora, enderezarse ligeramente para exprimirle los restos de agua, sacudirla para que tenga menos arrugas al secarse y extender los brazos hacia arriba para colgar la ropa en los mecates- yo agarrada a su falda, solía bailar, agacharme en el piso para buscar hormigas, observar la olla hirviente con pollo y tortillas para los perros de mis tíos.

Esa orientación se extendió a la calle, no siempre me sujetaba a su ropa. Conforme fui creciendo la orientación que me daba mi madre era la de su presencia. Cuando íbamos a la tienda de telas rodeaba los grandes rollos y me sentaba en la orilla del mueble que los sostenía. Siempre confiaba que mi madre estaría allí cuando yo volteara los ojos hacia ella. Y ella siempre estaba allí.

Muchos años después su falda estaba ahí y yo sostenida, pero ahora era mujer de cuarenta años. ¿Cómo seguir sostenida de su falda? ¿Cuándo iba a coser mi propia falda y darme la autoridad creadora que mi madre ya me había dado desde el origen?

Ya era tiempo.

Viene a mí el cuidado que mi madre me procuro desde nacida, lo sé por su relato y el de mi abuela Aurora y el de mi tía Josefina. Yo lo sé porque al volver a la experiencia de la casa materna me lleno de agua y sonrisas. Mi madre, Macrina, tomó clases de corte y confección para hacer-nos ropa a mí y a mi hermano. Especialmente recuerdo el cuidado que ponía en elegir una tela para los vestidos, los shorts, los pantalones que me hacía. Íbamos al centro y recorríamos las tiendas de ropa como si fuera un viaje de placer. Allí aprendí a tocar telas, a sentirlas a olerlas. Me sigue gustando visitar las tiendas de telas.

Mi madre, además de elegir las telas, compraba los hilos y las agujas para la máquina de coser. Si acaso se requería un cierre, solía pedirlos de 15 centímetros, y si quería ponerle algún adorno extra compraba algunos metros de bies.

Hacía los moldes en papel y me tomaba medidas. Me parecía muy divertido que mi madre agarrara su cinta métrica, colocara la cinta métrica en la espalda, los hombros, el pecho, el torso, la cintura, la cadera, las piernas y anotara cada cifra en su cuadernito.

La veo aún sentada frente a la máquina de coser singer negra. Una máquina hermosa. Esas ropas, decía mi madre, eran hechos con su almacorporal porque no siempre había suficiente dinero para comprar en tiendas. Mi padre era alcohólico y cuenta mi mamá que solía gastarse el dinero en cantinas.

Mi madre trabajaba en casa armando cajas de cartón. Mi abuela era quien mediaba este trabajo pues desde que sus hijas eran pequeñas se había dedicado a este oficio. Yo aprendí a embarrar los papelitos con que forraban las cajitas para joyería desde pequeña. Tengo una foto donde tengo aproximadamente cuatro años enfrente de la mesa de trabajo mostrando mi cajita. Así, mi madre y mi abuela compartían el mismo trabajo, mi abue en su casa, mi madre en la suya. Ambas, madres, mujeres clitóricas.

Una mujer es generadora de vida y de muerte, y cuando da muerte, también es madre porque mezcla entre sus propias aguas la vida y la muerte

¿Cómo sumergirse en las aguas de la gran abuela mar para encontrar la monstruosidad y no perderse en la sombra? O acaso ¿Habrá que perderse en la sombra? ¿Una se pierde en la sombra o es que es parte de la luz como el claro del bosque?

una semilla en mi vientre
elegí liberar ea vida-
muerte en mí –han de
morar- natura

me ha dado su potencia original

misterios del nacer en mi cuerpo-alma
ancestral mujer y
madre soy

-sin haber parido
fui madre
soy madre
concebir

es un acto de autoridad

-sentí mi ser materno

sangré

lo que mi entraña necesitó
la muerte di a mi brote
para hacer vida

-hasta volver a Tiamat
a sus aguas el
abrazo profundo

-no hay dualidad
ni opuestosmujer
clitórica madre
clitorica en este ciclo
– eterno-

espiral salvaje
monstruosa
infinita
de creación potente

la gran madre
me nació madre con la
autoridad materna de
vida-muerte

Dice Barbara Verzini que *el pasado hay que iluminarlo para sentir y ver, de una vez por todas lo que está definitivamente muerto y no puede avanzar más,* así que acompañada por los misterios de la rosa me entrego a la danza del movimiento para transitar por lo que María Milagros Rivera Garretas llama *el pensamiento de la experiencia*[5]*, ese que está por reconocerse porque está en la vida que a las mujeres universitarias nos cuesta reconocer* pero que nos lleva la transformación propia de esa que al iniciar el camino, es difícil detenerse, porque las aguas han

[5] María Milagros Rivera Garretas durante un encuentro virtual de la clase El placer de las mujeres es ya Político del Máster La política de las mujeres. Universidad de Barcelona acotó sobre el pensamiento de la experiencia, ese que nace la relación que las mujeres tenemos con el mundo y podemos nombrar en lengua materna.

comenzado a mojarnos y en una nace la necesidad u obligación de volver al origen y sumergirnos en la armonía de la creación porque vida y muerte no están separadas, nunca.

En las aguas de la gran abuela mar no me perdí, ella me revolcó para volver a mi monstruosidad con todo el riesgo de perderme en la sombra. Pero no me perdí, aquí estoy, con el sentir profundo para ofrecer a mi propia vida para estar en presencia de mí como una mujer generadora de vida y de muerte, afirmando al vientre que puede ser dos, pero siempre soy creadora de mundo.

Hurgando en la hondura de la entraña: una madre que no parió

Cada una de estas monstruas indica una fuerza que no puede ser detenida, una excedencia femenina que no puede ser contenida en un orden, que rechaza la medida pequeña que lo masculino le impone.

Barbara Verzini

¿Dónde queda la experiencia monstruosa de una mujer que tuvo dentro de su entraña por dos semanas una semilla que pudo germinar? ¿Esta mujer fue madre?

Fui a la mar para sumergirme en las curvas de la espiral cósmica de este viaje. Una inmersión que abre las aguas a la relación fértil con otra mujer. Me sumergí en las aguas. Estuve una hora aproximadamente entre las olas saladas y la espuma salvaje de Tiamat. Sentí la presencia de las tres madres de mi genealogía, por un momento. Y hablé con las aguas. Dancé entre las aguas, sin miedo. Ahí estaba yo sonriendo, saltando, sumergida y llena de agua porque *las olas de la mar no se pueden parar ni controlar, siempre bañan y bañarán (Barbara Verzini).*

El andar profundo lleva adentro de una misma, n*os hace entrar, bajar y luego subir y, sobre todo, andar por donde nunca estuvimos* (Antonietta Potente). La inmersión a la mar es un desplazamiento profundo. Es una llamada que hace la Gran madre para ir a las profundidades aunque haya temor. Hay que lanzarse a sus olas salvajes y danzar en sus espumosos misterios sin encontrar, porque serán las propias aguas, el origen, la entraña, la intuición, la genealogía femenina quienes en contacto con la monstruosidad de cada mujer que entra en contacto con su potencia de vida y muerte.

Ahí me encontré con mi monstruosidad reveladora de vida y muerte, salvaje y potente para descubrir mi deformidad haciendo tabula rasa de la violencia hermenéutica que había invadido mi alma corporal. Mi entraña nunca se perdió, fue que dejé de escuchar a la guía ancestral, esa que está siempre antes, esa inspiración que visita e indica algo, quedándose, desplazando adentro,

transformando la vida de una mujer que se sabe clitórica. Porque toda mujer se sabe clitórica aunque haya desorden simbólico.

La entraña grita cuando una se ha perdido, aparece en sueños, en signos, en flores, en mariposas amarillas en medio del bosque, en las aves volando sobre la cabeza. Hay que estar atenta, esperarla como se espera un parto, aunque no hayamos parido.

Hurgar es parte del viaje a las aguas de Tiamat, implican ir reconociéndose monstrua porque ahí está la madre y la hija a su vez, en relación, siendo una. Implica también despojarse de la fantasía de la ley del padre. Y nunca separarse de la madre que viene siempre antes.

¿Yo soy madre aún sin haber parido gracias a mi abuela y a mi madre?

Yo tuve una interrupción de embarazo. En un momento de mi vida lleno de desorden patriarcal en la que me puse en situación riesgosa y tuve un encuentro sexual que me dejó embarazada. Un encuentro que no logro recordar porque hubo de por medio medio vaso de alcohol dado por un hombre. Veo turbio cada vez que vuelvo a ese momento. Un momento al que le voy poniendo armonía. Aborté porque no quería tener ese bebé porque la autoridad materna nos da esa orientación para saber cuáles proyectos traer al mundo y cuáles no. Esa sabiduría está en nuestras entrañas gracias a las aguas de Tiamat, pero hay que tomarlas y asumirlas para hacernos cargo de cada sendero, de cada hondura, de cada andar, de cada inmersión. Cedí mi poder simbólico a un hombre, como dicen las Mujeres de la librería de Milán pero nunca me arrepentí de no haber parido.

Ese proyecto que tenía la posibilidad de nacer de mí no germinó porque como mujer creadora tengo la autoridad de vida-muerte, de luz-sombra. Y así, voy tomando la herencia de las aguas de mi abuela y mi madre, que es la de saber que cada día como mujer con potencia creadora nace de mí esa opción para mí misma de ser vida o muerte. Cada cosa que nace de mí como mujer es la autoridad del sentir profundo para tomar la responsabilidad de saber que traer a mundo y que no: esa autoridad de concebir una criatura, una obra, una falda, un camino.

A veces, me pregunto cómo puedo custodiar la generación de vida si un día yo aborté. Cuando tejo la relación con mi madre y con mi abuela, se vuelve un tanto más concreto, por la experiencia. Y bordo las hebras de la generación de la vida porque mi madre nació de mujer y yo nací de mujer.

El desorden me había agobiado, tantas veces ,pero me vinculo con la escritura, con esa posibilidad de volver a la lengua materna y a la autoría femenina, de la vida y de muerte.

Traigo en el centro mi experiencia de aborto porque en este viaje a las aguas de Tiamat me conectaron con esa relación como madre al concebir, gestar y cuidar. Mi negación por ser madre había nacido del no asumirme como una mujer generadora de vida y de muerte. Porque las mujeres generamos vida y muerte. Aún así, en este andar claro oscuro sé que esta experiencia de concebir ha sido una relación materna en la que tomé la decisión de interrumpir su germinación. Sin embargo, claro que he tenido una relación como madre. El acomodar esta experiencia como madre me ha permitido abrir también la espiral en la posibilidad de centrarme en la potencia creadora que tengo como parte de las tres madres: hija, abuela, madre. Así, encontrarme con mi ser madre, no sólo hija.

Cuántas veces las mujeres, hurtadas por un lenguaje que no conecta, que manipula, enreda y usurpa el lugar de la madre, nos categoriza en lo que es y no es una madre. Y si bien, la relación concreta entre la mujer que pare y su criatura -no sólo simbólica- sino contextual hace que una madre sea madre y una hija, hija; quiero colocar aquí la posición de una mujer que no ha parido, que ha sido preñada -como suele decir el léxico tergiversado- y que de manera orgánica o de manera elegida da muerte a ese ser que va creciendo en su vientre.

¿Cuánta culpa podemos sentir si aún estamos situadas en la antigua época del patriarcado de sabernos generadoras de muerte?

Y parafraseo a Barbara Verzini, húmeda, *recuperando el sonido de la mar detrás de mi espalda puedo hablar finalmente de la palabra Madre, mi segunda palabra.*

[6]Haciendo también práctica de mi tabula rasa, para hacer espacio en mí misma, hago mi propia falda simbólica en la que me nombro madre.

Y es que por mucho tiempo yo no me reconocía a mí misma como madre porque no había generado un cuerpo o más porque había impedido su germinación. El feminismo también me colocó como ideología en esta falsa afirmación de no ser madre por no parir concretamente una criatura. Cuántas veces caí en que una madre sólo es madre porque da hijas e hijos al mundo.

Este viaje iniciático ha potenciado que hurgue en mi propia maternidad desde la tabula rasa (Barbara Verzini)[7], no sólo para destejer y tejer la relación que tengo con mi madre, sino la propia, la relación que tengo yo como mujer, ya no como hija, sino también como madre.

Las aguas de Tiamat a las que Verzini me invitó a explorar me llevaron a mi abuela, a mi madre y a mí, pero sobre todo a *Mummu, que no es Ummu, nos anuncia que toda mujer* nace hija y madre, porque toda mujer es prefálica, p*orque toda mujer es inviolable, porque toda mujer genera y crea en sus aguas saladas sin ser tocada por la ley del Padre, por el orden de la espada.*

¿Acaso no tendrá que ver mi falta de autoridad en la potencia creadora que tengo como mujer¿ Cuántas veces he dudado de que lo que nace de mí no tiene la medida sufí

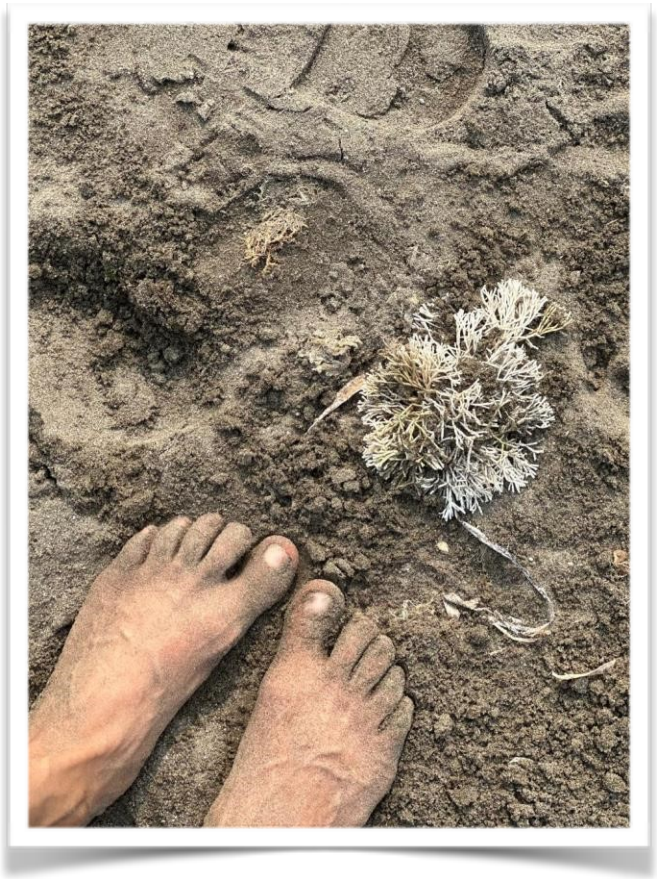
Ana Silva habla de Las tres madres, de esa posibilidad de asumirme yo misma no sólo hija, sino madre, porque aquí está la responsabilidad de mi potencia creadora y de hacer mundo. Me pregunté durante cada inmersión en las aguas ¿eso quiere decir que yo soy madre aún sin haber parido gracias a mi abuela y a mi madre?

---

[6] Barbara Verzini: La madre en la mar: El enigma de Tiamat PP 30

[7] Barbara Verzini ha trabajo este concepto de la tabula rasa como una posibilidad filosófica para que cada mujer pueda encontrar su propio andar en la que se llene de su piel y pueda entonces deshacerse del lenguaje que va en contra de nosotras.

Respiro profundamente por la nariz y bebo un poco de agua. Me humedezco. No quiero sentirme seca de nuevo. Y atiendo a la provocación de Carla Lonzi de *encontrar el coraje para comenzar desde el principio*. Las gran mar me vuelve a mi origen para entrar en esa guía que es irrenunciable e inseparable como sus propios misterios porque siempre antes ha estado Ella. Siento ese cosquilleo que palpita en mi entraña y que confía en la aurora y en la guía de las tres madres: abuela, madre e hija como creadoras de su propia guía.



El diciembre pasado estuve en el Puerto de Veracruz (México), hubo un norte fuerte, sin embargo caminé dentro de la mar. El agua estaba fría y a la vez cálida. Llevo un par de años sintiendo que cuando estoy cerca de la mar o dentro de sus aguas estoy ahí, cerquita de mi abuela Aurora. Esta ocasión, le hablé. Le canté. Le agradecí su guía, le dije que estaba lista para escucharla y que aunque a veces no sabía que camino seguir porque muchas veces aún dudo de mí, no me sentía sola, y que tenía la certeza que sabiduría me llevaría al placer clitórico y a la libertad femenina.

Mi madre me ha dicho muchas veces que ella deseaba parir una niña. Que me deseó. Y me nació. Ahora, cada vez que recuerdo sus palabras me conmuevo y se me llenan los ojos de agua que es vida. Y vuelvo a ella, a la armonía que me dio de niña con su amor. Y sé que estoy aquí volviendo a la vida porque nací de mujer y mi madre nació de mujer: Aurora, Macrina y Michelle.

Suspiro. Tomo agua… e inhalo y exhalo por la nariz, profundamente, entregándome, al menos en este momento a la paciencia para escuchar a la aurora.

La madre concreta guía a su hija hacia el claro del bosque o a las aguas salvajes. Mi madre lo hizo con su falda para hacerme fecunda, quizá ella confió en que yo sabría andar, seguir en la luz en las sombras porque no iría sola, sino agarrada a su falda que es mi genealogía femenina. Y mi madre seguro tenía la certeza que si acaso me perdería, con esa falda, encontraría mi camino. Sólo que sí me perdí, tardé en hacerme cargo de mi propia falda. De asumirme no sólo hija en esta genealogía femenina, debía mirarme y sentirme madre porque *es principio siempre y tiene su propio recinto protector de donde emergen los saberes para la vida, creaciones femeninas genuinas /Ana Silva)*

La espiral de la madre clitórica llega cuando una se pierde. Yo me perdí cediendo a la violencia hermenéutica. La violencia hermenéutica, según Milagros Rivera, *le sustrae o roba a una mujer la creación de conceptos* y una mujer desorienta y se siente sin el sostén de su genealogía femenina y no sabe como continuar el camino, se a perdido y se ha separado. Ella se tambalea porque la medida que le ha sido presentada es una medida alejada de sí, como mujer, esa medida masculina que no nace de mujer la aleja completamente de sí perdiendo entonces el sentido de autoridad.

Me espejeo ahora que me siento en un nuevo comienzo. Estoy en la espiral dejándome llevar hacia el claro del bosque, con miedo tal vez, pero sabiendo que mi genealogía está ahí, que no estoy sola, que encontraré la potencia creadora para surgir y generar.

Escucho a la gracia, alzo mis alas para encontrar mi palabra verdadera, es que crea, porque soy mujer. Esa palabra verdadera que viene de mí como una mujer generadora de vida y muerte.

Ha sido doloroso ese viaje porque no sabía dónde colocar mi experiencia de aborto, de no nombrarme madre por haber dado muerte a esa semilla en mi útero. No me arrepiento. Ha sido un actor de amor desde la propia vida. Sin embargo,

estaba en el borde de la mujer-madre, situándome en la hija que aún necesita de la falda de su madre.

Si soy una mujer que eligió la muerte para esa semilla, requiero dar esa autoridad a mi decisión, de la cual no hay arrepentimiento, sólo un camino que a veces nos es impedido transitar, pero las mujeres también tenemos oscuridad, porque en la vida hay luz y sombras, es parte de la naturaleza. Sólo que hurgar en nosotras casi por violencia hermenéutica nos está vetado porque de alguna manera niega esa parte de nosotras, alejada ya del patriarcado.

Y voy acercándome a la dama amor, esperando a la Aurora, entregándome a las posibilidades de que mi almacorporal vuelva a sentir la libertad de los amaneceres y la practicidad de ganar dinero. A veces el horror saluda a la almacorporal. He llorado mucho, me ha dolido el pecho y el pulmón, pero sé que estoy viva y debo ahora hurgar para encontrar mi placer femenino. Ahí es donde aún no llego, aún estoy en el final del patriarcado. Aún no he tocado ni tantito la Era de la perla. Pero me he metido a las aguas, y me he encontrado con Martha y con Zambrano, y las siento y entraño, profundamente para sumergirme y rendirme a la Dama Amor.

¿Qué es eso que mi madre me ha soltado o no? ¿me habrá soltado? ¿cómo saber que mi madre me ha soltado?

Y el nudo que se me aparece es esa autoridad como madre, como creadora de autoridad. Y ahí, el nudo es fuerte. Esa incapacidad de mirarme como potencia creadora porque no he parido. Esa limitación me encapsuló y limitó. Estaba ahí, oculta tras la violencia hermenéutica. Ha sido este viaje quien ha traído la revelación de esa experiencia a la que no le había puesto en su lugar. Una experiencia como madre. Soy mujer y madre.

He abortado pero soy madre una madre que eligió la muerte para su semilla. Aún así, la relación que establecí con esa posible cría fue una espiral porque el alma corporal (Antonietta Potente) tiene sabiduría pues la genealogía femenina materna ha depositado ahí en la entraña toda intuición.

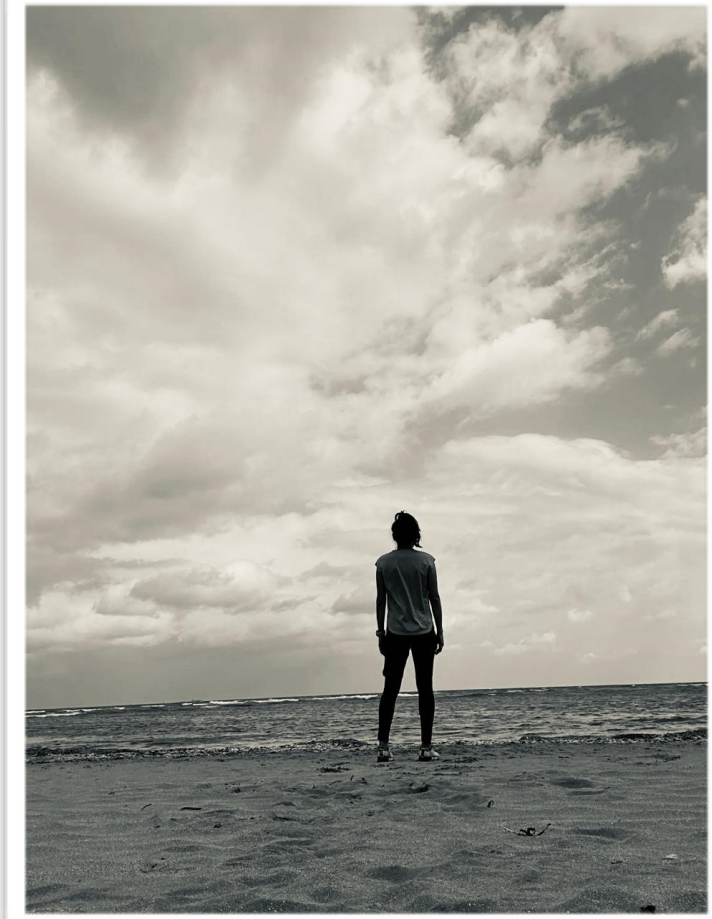
Para llegar a esta posición de situarme y nombrarme madre, he tenido que practicar la tabula rasa propuesta por Barbara Verzini, encontrando mi propio tejido y utilizando mis propios hilos. Adentrarme al claro de la mar profunda me llevó a ese nacimiento verdadero porque *lo profundo es hondura y a la hondura se llega y desde la hondura se viene (Antonietta Potente).*

Tuve que abrirme para que desde lo profundo resonaran las palabras creadoras, las palabras en voz viva, las palabras maternas que vienen de la energía creadora. Tuve que transitar ese andar dentro de las salvajes aguas para que pudiese escuchar a la entraña. Fueron las múltiples inmersiones en la Gran madre que me ha sido regalada la gracia.

Este viaje, me llevó al sentir profundo que es de donde vienen las transformaciones más profundas de nuestra vida (Antonietta Potente). Durante cada respiro me fue dado el dolor. Días enteros lloré y dormí. Pasé por la desolación. Me perdí creyendo que caería en las garras de la ley del padre. Pero no había vuelta atrás. Cuando se inicia este viaje una siempre vuelve al origen para seguir naciendo.

Durante este viaje, por momentos sentí que me asfixiaba, sentí la ausencia. Mi entraña confió en que vendría la presencia. Dice Antonietta Potente que sólo en soledad podemos escuchar la Ausencia-Presencia porque es la relación con nosotras mismas para volver a nosotras mismas, si acaso, como yo, hemos estado separadas.

Arriesgué mi vida mucho tiempo dejándome caer en la Ausencia sin la Presencia. Este viaje guiado por la monstruosidad me reveló mi propia sombra, y al principio quizá sentí miedo. Aunque se me reveló que esta experiencia en donde di muerte debía ser nombrada y colocada en mi genealogía materna para saberme madre, asumirme madre y saber que lo que nace de mí hace mundo, cuando se hace desde el placer clitórico.



Me sumerjo por las aguas de Tiamat para hacer una intención, un conjuro con hierbas, vinagre blanco y un sahumito. Invoco y conecto con mi monstruosidad para encontrar a esa madre clitórica, salvaje, que existe. Me detengo.

Respiro. Inhalo y exhalo por la nariz. Me sumerjo en las aguas de la mar. Una mar profunda en la que me siento inmensamente completa, creadora y monstrua. Podría pasar tanto tiempo acá, llenándome. Entre risas desparpajadas y danzas acuáticas, me dejó llevar al ritmo de las olas mientras la espuma de estas aguas, provocan mi lado salvaje.

Madre clitórica. Mujer monstruosa salvaje. Aquí en estas aguas, me siento clitórica. Te di la semilla que no germinó. Di muerte como madre. Y sigo siendo madre. Tú me empapas con la verdad clitórica. Me deslizo sin temor porque las aguas de esta gran mar es grandiosa. Y sostiene. Esa mar que no devora, esa mar que existe y abraza. Y en esas aguas me siento libre, monstruosa y salvaje.

Tuve una revelación mientras sentía las caricias de las aguas, me sentí creadora, profundamente creadora. Sentía que la entraña palpitaba y honraba el origen de su propia vida. Aquí me siento creadora de vida, madre clitórica. Sin medida. Sin miedo. Aquí me he asumido como madre, no sólo como hija, y voy creando mi propia falda. Porque puedo ser hija y madre.

Reí a carcajadas descontroladas y lloré de tanto placer y goce. De encontrar la verdad: soy hija, soy madre, soy mujer. Hago mundo. Y no renuncio a mi potencia creadora. Me sentí salvaje. Monstruosa. Y siento el amor en mis entrañas. Y aquí, tengo la certeza de ser Ella. Y me siento lista para encontrar mi palabra y hacer nacer.

Potencia creadora: cada monstrua oculta su enigma de muerte[8]

Este viaje ha sido una revelación de sentires, de honduras profundas que aún buscan enraizarse. Me siento palpitante, incidente. Emocionada. Y voy despertando-me madre cada mañana sabiendo que me sentí perdida porque pensaba que al no haber parido, no era madre y por tanto, nunca sería creadora de mundo.

Hubo un tiempo que sí sabía, desde el misterio, que yo era parte de la justicia de las tres madres como dice Ana Silva[9], o parte de la divina trinidad como menciona María Milagros Rivera Garretas. Un día me extravié. Dejé de estar en mí.

Esa niña desparpajada -que pensaban que era tímida, callada- palpaba el mundo con el tacto, el oído, la escucha, la mirada, la espirita y la voz, que otros no podían descifrar. No era tímida, era salvaje, era monstruosa.

Niña flaca, de lentes, ojeroza, de pies hacia dentro y piernitas arqueadas. Con ojitos “achalados”, mejillas protuberantes, un lunar arriba de la ceja derecha que conecta con la luna, y una manchita debajo de la oreja izquierda- en el cuello- que es guardiana, herencia de mi abuela.

Esa niña no era silente, ni era tímida, ni era callada... con su madre hablaba en lengua materna. Sólo un día se extravió porque no supo hacer la continuidad de la falda genealógica.

---

8 Subtítulo inspirado por Barbara Verzini a partir de su clase de la Tabula rasa

9 Ana Silva convidó en la asignatura La justicia de las tres madres del Máster La política de las Mujeres. Duoda. Universidad de Barcelona la posibilidad de encontrar la gobernabilidad sin Derecho de las tres madres que somos cada mujer: madre, hija y nieta en su caso. Implica para las mujeres como yo que no parimos saber que también somos madres porque somos potencia creadora.
Asumirnos madres para sabernos autoridad de creación en este mundo.

Esa niña salía corriendo de su casa natal para volar con los pies y aletear. Una mañana se sintió desolada. Y esa desolación fue como meterse al bosque y perderse.

A partir de los doce años experimenté la separación de la lengua materna. Me sentí sin madre, sin origen, sin falda. Sin aleteos libres. Tuve que buscar un espacio de relación con otras mujeres para aletear. Sólo ahí lo hacía. Ya no en la calle, ya no en cualquier semáforo, ya no entre las telas... ya no con mi madre, ya no con mi abuela... ya no haciendo mundo. Perdí la confianza “que viene de saber de tener la mar detrás de sí, la mar que nos precede y nos sostiene” (Barbara Verzini)[10].

Dejé de sostenerme de Tiamat. Sentí que me había abandonado y re-sentida, me fui del lado de Marduk. Y negué mi propio embarazo. Olvidé tener la madre detrás, desconfié de mi espalda, de mi pecho, de mi corazón, de mi perla. Aquí el mal se presentó en mi relación con las mujeres. Y comencé a asfixiarme, a ahogarme en mis propias aguas y a secarme de a poco. Desconocí las aguas fértiles.

Las aguas ya han re-nacido de mí, pero han sido las guías quienes me han mostrado las aguas de Tiamat, la justicia de las tres madres, la mística y la trinidad para encontrarme con mi ser madre. Con la revelación de que soy una madre, soy madre.

Me vaginalicé tanto (si es que hay cantidad) que negué mi potencia creadora, mi embarazo y nacimiento, y así el embarazo de mi madre y su nacimiento. Comencé a vivirme comprimida, empequeñecida... me ha durado tantos años... o quizá han sido momentos en espiral. Porque nunca he dejado de escuchar del todo a Tiamat.

[10] Barbara Verzini: La madre en la mar: El enigma de Tiamat pp 8

Potencia creadora: Madre elefanta de tierra, de mar, de fuego, de viento y quintaesencia

Llegó a mí en sueños, en visiones, en intuiciones. Y la escuché, la sentí. Me comencé a sentir una elefanta. Las elefantas que son salvajes y monstruosas. Su piel no es lisa, su cuerpo es grande, alto y maravillosamente revelador.

Han querido dulcificar la imagen de la elefanta como una hembra protectora, dulce, sutil y débil. La elefanta sí, protege a su manada, pero no es dulce, sutil y débil.

Yo daba pasos fuertes. La danza, el baile, el movimiento, el correr hacían de mí una flaca tosca que en su conexión chocaba con los cables citadinos. Levantaba polvo y germinaba con su andar. Se sentía clitórica.

Mi elefanta no se disculpa por sus pasos toscos, por su andar altivo y escandaloso. Por el movimiento de sus orejas y por el pisar profundo que tiene. Por esta razón, la elefanta, la monstrua elefanta, es una danza al amor de las mujeres, porque la elefanta es relación con otras y con sus crías y con el mundo.

Ella en su pisar lleva las semillas a otros lugares para que germinen. Sus orejas, grandes, rugosas aletean, como Zambrano anuncia : “dice con su aleteo, y todo lo que tiene ala, alas, se va, aunque no para siempre, que puede volver de la misma manera o de otra, sin dejar de ser la misma.” Y estas orejas les posibilitan refrescarse y regular su temperatura corporal. Gracias a sus orejas puede comunicarse con su manada. Sus orejas son dos grandes abanicos.

Acaso la escucha no es la posibilidad de volver a nosotras y estar en relación. ¡Vaya monstruosidad!

Y esos colmillos que tienen las elefantas, que si bien son ornamentales, porque son bellos, porque me pregunto por qué no serán un adorno que las hace distinguirse entre la naturaleza, no son para defenderse como dicen los hombres, pero claro que si han decidido atacar a una elefanta, estos dientecillos sabrán qué hacer. Sólo, que quede claro que la existencia de sus colmillos no es a partir de los hombres, o en su medida, o de los supuestos depredadores, es parte de su ser salvaje, es para comer, para buscar agua... pero qué esperan si acaso osan tocarla.

Y la trompa de las elefantas es tan musculosa, tan fuerte. Con ella puede respirar, oler, tomar frutos, agarrar, beber agua, saludarse con la manada, bañarse, arrancar troncos y árboles. Esa trompa áspera, enorme es para relacionarse con otras.

Esta elefanta me ha llevado a volverme a sentir madre. Porque la elefanta es una monstrua creadora de mundo. Hace mundo con su andar. No requiere prestigio, pero sabe de su magestuosa existencia y no duda. Concibe sin coito, y nunca es vaginal. Ella es virgen y crea vida con su monstruosidad magestuosa.

Esta elefanta, monstrua es bailarina, aletea, corre, canta y abraza. Hace vida y crea vida con su andar. Es desparpajada y clitórica. Nunca se olvida de las aguas de Tiamat. Y las mujeres clitóricas disfrutamos de la amplitud de nuestro espacio vital, de nuestro rugocidad, de la sutileza de lo tosco, de las orejas que nos hacen escuchar y comunciarnos con otras.

Me atrevo a nombrarme clitórica desde mi monstrua, porque ella no duda. Ella se sabe. Ella no se ha ido de las aguas.

La elefanta es salvaje y se adentra en los bosques y en las aguas creando mundo, haciendo mundo. Siendo clitórica, madre, siempre.